

 HOMENAJES

Un adiós a Cristina, nuestra colega, nuestra amiga.

.....
Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.
Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas
daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

.....

Buscando en otras palabras que puedan expresar nuestro dolor frente a la pérdida que significó tu partida, Miguel Hernández nos convoca otra vez. Su poética fue tema de tantas charlas, lo querías tanto, que nos pareció justo que nos despidiéramos con sus palabras: "...que por doler me duele hasta el aliento...".

Para la APHU fuiste una trabajadora incansable en las agotadoras jornadas pre congresos, en los debates acerca de nuestra profesionalización permanente, en los cursos, jornadas, que planificabas trabajando en grupo, porque si algo te caracterizaba era la disposición que tenías a trabajar con otros y pensando en otros, una solidaridad firme y segura.

Cristina Siniscalco dedicó su vida a la docencia y la practicó hasta el último momento.

Te extrañaremos, querida amiga.

Comisión Directiva

Es muy difícil sintetizar la vida de una persona, un entramado único de complejidades y experiencias, y más aun intentando salirme de mi propia experiencia. Intentaré ser poco ambiciosa y quedarme con lo que puedo resaltar de una Cristina tan cálida y cercana, que es lo que me resulta significativo.

No éramos amigas, tampoco fue mi profesora en términos formales, ni del IPA ni del liceo, ni compartimos tantos momentos de la vida que me permitan saber datos concretos de ella, pero en lo poco compartido se me resaltan algunas de las cualidades que me hacen pensar en un docente, en un excelente docente: su cercanía, su sencillez y la posibilidad de habilitar al otro a hacer y a ser.

Hacia el año 2012 recibí por mail una invitación para escribir un manual para la escuela. Cristina estaba en el equipo porque tenía mucha experiencia: ya había escrito unos cuantos manuales para distintos niveles -pero esto lo aprendí luego-, su presentación de sí misma fue mucho más modesta. Recuerdo con mucha claridad que lo que más me llamó la atención fue la humildad y sencillez con la que nos hablaba a mi amiga y a mí, dos profes recién egresadas del IPA que, con solo 23 años, se iban a embarcar en ese proyecto que nos resultaba tan atractivo como desafiante. Cristina nos invitó a su casa, nos dio los materiales que había atesorado durante toda su vida y nos explicó para qué le había servido cada uno de ellos.

Las dificultades que se nos presentaron en el proceso de redacción fueron atendidas por Cristina con gran confianza en nosotras, con disponibilidad para conversar, para ir a tomar un té y terminar hablando también de la vida y de otras cuestiones que nada tenían que ver con lo concreto de lo que teníamos que resolver.

Mis encuentros con Cristina, tanto en algunos congresos de la APHU como en sus mails con comentarios del libro, o la última vez que fui a su casa a devolverle sus materiales, me hacen recordarla como una excelente docente. Sin conocerme mucho, confió rápidamente en mí, me acompañó con cercanía y amabilidad, me habilitó a escribir y a tener confianza en lo que estaba realizando y me permitió transitar un proceso de aprendizaje desde su saber hacer, pero sin buscar recompensas personales.

Sin lugar a dudas, Cristina habrá sido familia, amiga, compañera, vecina y muchas otras cosas. Yo la conocí y la recuerdo como cálida y cercana, como alguien que sin ser mi docente llegó a dejar una huella en mí, una huella que tiene mucho que ver con su ser docente más allá del aula. Así merece ser homenajeada.

Fernanda de Castro